

ELEONOR DE ARAGÓN, REINA DE CHIPRE, EN LA TRADICIÓN HISTORIOGRÁFICA FRANCISCANA*

POR

EUSEBI AYENSA

Universitat de Girona

RESUMEN

El objetivo del presente artículo es estudiar la visión profundamente edificante que de Eleonor de Aragón, reina de Chipre (ca 1333-1416), da la tradición historiográfica franciscana, una visión que contrasta fuertemente con la que nos transmite el cronista chipriota Leondios Majerás y sus traductores italianos Francesco Amadi y Diomedes Strambaldi. Para ello el autor recorre a las crónicas franciscanas de Ángel Vidal, José Antonio de Hebrera, José Batlle y Jaime Coll, así como a algunos pasajes de *Lo Chrestia*, del también franciscano Francesc Eiximenis, *Lo Somni*, de Bernat Metge, y *L'Espill*, de Jaume Roig, que se hacen eco de algunos acontecimientos de la vida de esta singular reina a raíz de su retorno a Cataluña en 1381.

PALABRAS CLAVE: Eleonor de Aragón, Historia de Chipre, Tradición franciscana.

ABSTRACT

The purpose of this article is the study of the profoundly edifying vision of Eleonor of Aragon, Queen of Cyprus (ca. 1333-1416), given by the Franciscan tradition, a vision which strongly contrasts with that transmitted by the Cypriot chronicler Leondios Makheras and his Italian translators, Francesco Amadi and Diomedes Strambaldi. For this purpose, the author examines the Franciscan chronicles of Ángel Vidal, José Antonio de Hebrera, José Batlle and Jaime Coll, as well as some passages of *Lo Chrestia*, written by the Franciscan Francesc Eiximenis, *Lo Somni*, by Bernat Metge, and *L'Espill*, by Jaume Roig, works which deal with some events of the life of this peculiar Queen after his return to Catalonia in 1381.

KEY WORDS: Eleonor of Aragon, history of Cyprus, Franciscan tradition.

* Este artículo se enmarca en el proyecto de investigación BFF 2000-1097-C01, de la DGICYT.

Una de las figuras más extraordinarias de la casa condal de Barcelona fue el infante Pedro, cuarto hijo varón del rey Jaime II de Aragón y de su primera esposa, Blanca de Anjou. Nacido en Barcelona en 1305, su padre le nombró, en 1322, conde de Ribagorza, y, en 1325, de Ampurias, dándole además otros señoríos en tierras de Cataluña y de Valencia. El historiador franciscano José María Pou dijo de él que fue «uno de los primeros señores feudales de la Corona de Aragón, por ser sus estados tan extensos e importantes y él muy apreciado por sus excelsas cualidades de ánimo, su espíritu exquisito, poético y caballeresco, y por su cultura extraordinaria»¹.

Según Rubió i Lluch, parece haber sido el lazo de unión entre la nueva escuela tolosano-catalana y la antigua provenzal². Escritor fecundo en prosa y en verso en lengua vulgar a quien los maestros de la gaya ciencia dedicaban sus tratados y los reyes llamaban a su coronación para embellecerla con sus cantos, el infante Pedro contribuyó en gran medida, antes de hacerse religioso franciscano, a la educación intelectual y a la dirección política de su sobrino, el rey Pedro III, a quien dedicó el notable tratado *De vita, moribus et regimine principum*. Ya antes se había dado a conocer en las cortes de Francia y de la iglesia, admirando por su saber al Papa Juan XXII. Entre sus amigos y conocidos figuran los trovadores de la escuela tolosana Ramón de Cornet y Juan de Castellnou, y el tesorero y maestro racional Pedro Marc³.

Dada su destacada personalidad, según cuenta J. M. Pou, se pensó en casarlo con una princesa de Francia, con otra de Inglaterra, con la infanta Leonor de Castilla, hermana de Alfonso XI, y con Constanza, hija de Fadrique de Aragón, rey de Sicilia, y viuda de Enrique II, rey de Chipre⁴. Todas estas alianzas, sin embargo, fracasaron y acabó tomando por esposa a Juana, hija del conde de Foix. Las bodas se celebraron con gran pompa el mes de mayo de 1331 en la capital de su condado ampurdanés, Castelló d'Empúries⁵. En esta población el infante realizó grandes mejoras, restaurando el viejo palacio de los condes, plantando jardines y reparando muros y edificios. Sin embargo, el 11 de enero

¹ J. M. POU Y MARTÍ, *Visionarios, beguinos y fraticelos catalanes (siglos XIII-XV)*, Vic, 1930, p. 310. Existe una reimpresión de esta obra hecha en Alicante por el Instituto de Cultura Juan Gil-Albert y la Diputación Provincial de Alicante en 1996. De ahora en adelante cito: POU, *Visionarios*.

² A. RUBIÓ I LLUCH, «Recensión de las *Acta Aragonensia* de Heinrich Finke (Berlín-Leipzig, 1908)», *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, (1908), p. 592. A partir de ahora cito: RUBIÓ, *Recensión*.

³ Cf. POU, *Visionarios*, p. 347; RUBIÓ, *Recensión*, p. 591; y E. PAGÉS, «Les origines paternelles d'Auzias March», *Bulletin Hispanique*, L, (1948), p. 329.

⁴ POU, *Visionarios*, pp. 326-327.

⁵ *Ibidem*, pp. 329-330. Sobre este episodio de la vida del infante Pedro se puede consultar además J. A. DE HEBRERA, *Crónica real seráfica del reyno y santa provincia de Aragón de la regular observancia de nuestro padre San Francisco*, Zaragoza, 1705, p. 123. A partir de ahora cito: HEBRERA, *Crónica real seráfica*.

de 1341, inexplicablemente, permutó el condado de Ampurias por el de las montañas de Prades, que poseía su hermano menor, Ramon Berenguer, y, desde entonces, firmó con el nombre de Conde de Ribagorza y de Prades⁶.

De su matrimonio con Juana de Foix, que acabó trágicamente con la muerte de ésta en 1348 durante la epidemia de peste que ese mismo año azotó Europa, nacieron tres hijos varones. El mayor, Alfonso, llamado «el Viejo», fue, por renuncia de su padre, conde de Ribagorza y luego, también, de Denia, marqués de Villena y condestable de Castilla. Fue asimismo duque de Gandía en 1399 y falleció en 1412, después de haberse casado, sucesivamente, con Yolanda o Violante, hija de Gonzalo Díaz, barón de Arenós, y con María, hija de Carlos II, rey de Navarra. El segundo hijo, Juan, fue conde de Prades, barón de Entenza y senescal de Cataluña, mientras que el tercero, Jaime, nacido en 1358, fue nombrado obispo de Tortosa en 1362, de Valencia en 1369, cardenal presbítero en 1387 y, finalmente, obispo de Sabina en 1391⁷. No es de ninguno de ellos, sin embargo, que nos ocuparemos en el presente artículo, sino de su hermana menor, Eleonor de Aragón, la única hija del infante Pedro, nacida posiblemente en el castillo de Falset alrededor de 1333 y que se convirtió en condesa de Trípoli al casarse en 1353 con Pedro de Lusignan, hijo del rey Hugo IV y viudo por aquel entonces de su primera esposa, Esquiva, hija de Rubén de Montfort. Siete años después, con la muerte del rey Hugo, Pedro y Eleonor fueron coronados reyes de Chipre y de Jerusalén en una solemne ceremonia celebrada en la iglesia de Santa Sofía de Nicosia el 17 de octubre de 1360.

Hasta la fecha la fuente prácticamente única para el estudio de la vida apasionada y apasionante de Eleonor de Aragón ha sido el cronista chipriota Leondios Majerás (circa 1360 - 1432), en cuya *Crónica de la dulce tierra de Chipre*, destinada a narrar la historia de aquel pequeño reino latino desde 1359 hasta su muerte, dedica páginas realmente antológicas a las andanzas de Eleonor por tierras de Chipre, desde su llegada a la isla en 1353 hasta su precipitada huida en 1380⁸. Sin pretender rebajar el valor histórico y literario del relato

⁶ Cf. POU, *Visionarios*, pp. 326-327, y J. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, Zaragoza, 1668, vol. II, p. 157. De ahora en adelante cito: ZURITA, *Anales*.

⁷ Véase sobre todos ellos U. CHEVALIER, *Repertoire des sources historiques du Moyen Âge*, París, 1905, tomo II, p. 2308, J. RUBIÓ I BALAGUER, *Vida española en la época gótica*, Barcelona, 1943, p. 145, y POU, *Visionarios*, p. 346. En general, para los diversos condes de Prades y muy especialmente para el infante Pedro, se puede consultar S. SOBREQÜÉS, *Els barons de Catalunya*, Història de Catalunya, Biografies Catalanes 3, Barcelona, 1980, 4ª edición (1ª edición de 1957), pp. 139-143.

⁸ R. M. DAWKINS (ed.), *Leondios Makhairas. Recital concerning the Sweet Land of Cyprus entitled «Chronicle»*, Oxford, 1932. De ahora en adelante cito: MAKHAIRAS, *Chronicle*. Existen también dos versiones en italiano de esta crónica, de la que muchas veces traducen párrafos enteros, debidas a la pluma de Francisco Amadi y Diomedes Strambaldi (cf. R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, Documents inédits sur l'histoire de France 7, París, 1893).

de Majerás, realmente insustituible para conocer los principales acontecimientos históricos en los que se vio involucrada esta singular reina durante sus casi treinta años de estancia, primero como reina consorte y después como reina viuda, en la isla de Chipre, queremos llamar la atención sobre la imagen que de ella presenta la historiografía franciscana, una imagen profundamente edificante que jugó un papel crucial en el proceso de mitificación del que fue objeto Eleonor por parte de los monarcas catalano-aragoneses y, en general, por casi toda la intelectualidad de la época, desde Francesc Eiximenis hasta Bernat Metge, con la intención de lavar su buen nombre, mancillado por los terribles acontecimientos que precedieron y siguieron al asesinato de su esposo, el rey Pedro I, en 1369. La condición de franciscana de Eleonor en los últimos años de su vida así como el destacado papel jugado por su padre en esta orden justifican sobradamente el interés que ambos despertaron entre los historiadores franciscanos.

Cuatro son, por tanto, las crónicas franciscanas que, con mayor o menor extensión, tratan de la vida de Eleonor de Aragón. El primer cronista que incluyó a la soberana chipriota en su elenco de notables franciscanos fue, en 1680, el padre Angel Vidal en su *Crónica de la provincia franciscana de Cataluña*. Esta obra, sin embargo, no nos ha llegado completa. Del único manuscrito que se nos ha conservado y que actualmente se encuentra en el Archivo de los Franciscanos de Cataluña falta casi entero el libro tercero, donde, a juzgar por el índice inicial, se glosaba la vida de la «Ilustrísima Señora Doña Eleonor, reina de Chipre, de la 3 regla de n(uestro) P(adre) S(an) F(rancis)co». También faltan algunas páginas del libro segundo en el que se reproducía el epigrama en latín que, en ocasión de su muerte, acaecida en Barcelona el día 26 de diciembre de 1416, compuso el notario público Jaume Ripoll⁹. Sin embargo, para este epitafio, del cual nos ocuparemos más adelante, contamos con la fuente original de la cual lo tomó el propio padre Vidal, las *Crónicas de España* de Pedro Miquel Carbonell¹⁰. Cronológicamente, el segundo historiador franciscano que se ocupó de Eleonor de Chipre fue el padre José Antonio de Hebrera en su famosa *Crónica real seráfica del reino y santa provincia de Aragón*. En ella dedica cuatro extensos capítulos del libro primero (concretamente los capítulos 40-43) a exponer, con todo lujo de detalles, la vida de «la Gran Reyna de Chipre, Doña Leonor María de Aragón»¹¹. Sigue a ésta, cinco años después, la crónica de José Batlle, en cuyo libro segundo se glosa brevemente y sin demasiados datos originales la vida de la «Serenísima señora Doña Eleonor, reina

⁹ A. VIDAL, *Crónica de la provincia franciscana de Cataluña*, Barcelona, 1680, Archivo de los Franciscanos de Cataluña, Manuscrito 1D-2. Aprovechamos la ocasión para agradecer al difunto padre Josep Martí y a su sucesor al frente del Archivo de los Franciscanos de Cataluña, el padre Agustí Boadas, las atenciones que nos dispensaron durante la consulta de éste y otros materiales de la Orden.

¹⁰ P. M. CARBONELL, *Chroniques de Espanya*, Barcelona, 1546, p. 214.

¹¹ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, pp. 144-158.

de Chipre». De esta obra, que nunca llegó a ser publicada, se conserva un único manuscrito, depositado actualmente en la Universidad Central de Barcelona¹². Finalmente, el último padre franciscano que dedicó sus esfuerzos a reivindicar la controvertida figura de la soberana chipriota fue, en 1738, el padre Jaime Coll, quien en el libro tercero de su *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña* se ocupa, a lo largo de cuatro capítulos (20-23), de la «vida admirable de la gran reina de Chipre doña Leonor María de Aragón, hija del santo infante fr. Pedro de Aragón»¹³. En ellos el padre Coll sigue fielmente el relato de Hebrera, del que reproduce a menudo párrafos enteros. Por su originalidad, el capítulo más interesante es el último, en el que, bajo el epígrafe de «Prosigue y acaba la vida de la santa reina de Chipre doña Leonor», el padre Coll presenta datos realmente novedosos sobre la suerte corrida por el cuerpo momificado de la reina de Chipre más de dos siglos después de su muerte. A parte de estas crónicas, que exponen con cierta extensión la vida y desventuras de Eleonor de Aragón, la figura de esta singular reina fascinó también a otros autores franciscanos como Francesc Eiximenis o el padre Berardo Comes, de los cuales nos ocuparemos también en su debido momento.

Hebrera y Coll tratan profusamente del proyecto de matrimonio de Eleonor con el futuro rey Pedro I y de la materialización del mismo en 1353, tema que es despachado por el cronista chipriota Leondios Majeras con un lacónico «Ο ποιος ρε Πιέρ αρμάστην μίαν ομόρφην κόρην απο την Καταλονίαν και εκράζαν την Λιενόραν τ' Αραγγούν», es decir, «dicho rey Pedro tomó por esposa a una bella doncella de Cataluña cuyo nombre era Eleonor de Aragón»¹⁴. Hebrera, al que sigue casi literalmente Coll, dice que el rey de Chipre, Hugo IV, persuadido por su confesor, buscó una esposa para su hijo Pedro, viudo por aquel entonces de Esquiva de Montfort y heredero del trono a raíz de la muerte de su hermano mayor, el príncipe Guy, en 1346. «Era máxima del rey —asegura el historiador franciscano— que la importancia de un casamiento feliz no consistía en llevar grandes estados la mujer sino en estar bien dotada de nobleza, honestidad, virtud y discreción, porque cuentan las historias de Chipre que ningún rey antes ni después de

¹² J. BATLLE, *Crónica seraphica de la provincia de Cataluña de la regular observancia*, Barcelona, 1710, Manuscritos 933-934 de la Biblioteca de la Universidad de Barcelona, pp. 236-237. A partir de ahora cito: BATLLE, *Crónica seráfica de la provincia de Cataluña*.

¹³ J. COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña de la regular observancia de nuestro padre San Francisco*, Barcelona, 1738, pp. 115-126. De ahora en adelante cito: COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*.

¹⁴ MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 100, p. 88. Diomedes Strambaldi, en su traducción libre de la *Crónica* de Majerás, escribe también que «il re Piero si maridò una bella fia da Catalonia, Leonora da Rau (sic)», cf. R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, p. 39.

Hugo se vio ni más rico ni más opulento, y que en esta consideración procuraba una mujer para el príncipe don Pedro, que trajese a su casa muchas inclusiones de reales líneas, para fortalecer y elevar la lusiñana. Infiérese de la misma historia del rey Hugo que, por los reyes de Nápoles, tuvo noticia de las prendas de doña Leonor de Aragón, hija del infante fray Pedro, con una relación muy verdadera de su hermosura, de sus virtudes, de su natural y condiciones, que pareció copia del original que pintaban los deseos en el ánimo del rey»¹⁵. A la luz de las fuentes historiográficas, algo debe haber de cierto en las pomposas palabras de Hebrera. Sabemos que el rey Hugo tenía buenos contactos en Italia: había mandado que le fabricaran un reloj en Cremona, Boccaccio le dedicó un curioso ensayo de mitología, la *Genealogia de gli Dei*, y sabemos que mantenía excelentes relaciones con la Casa de Anjou, reinante entonces en Nápoles, hasta el punto que el historiador francés Étienne de Lusignan asegura que él y su hijo Pedro estuvieron en Italia y que entonces se ajustó el matrimonio del segundo con la sobrina del rey de Aragón¹⁶. En cualquier caso —continúa Hebrera— «como verdaderamente (la princesa Eleonor) no tenía las riquezas correspondientes a su regia calidad, fue preciso, para adelantar los tratados, considerarla tan noble que ninguna en toda la Europa podía ser más, porque se hallaba dentro del cuarto grado pariente de los reyes de Aragón, de Francia, de Hungría, de Mallorca, de Portugal, de Nápoles y de Sicilia». Esta idea parece tener también una base histórica sólida, ya que la encontramos expresada, casi con las mismas palabras, en la *Historia de los reyes Lusiñanos*, de Enrique Giblet, de la que la tomó sin duda Hebrera y posiblemente también el padre Ángel Vidal, a pesar de contener esta obra no pocas críticas hacia Eleonor, lo que llevó a Hebrera, en un pasaje de su *Crónica*, a definirla de «dictorio horroroso contra su nobleza, su virtud, su honestidad y su fama»¹⁷.

Eleonor, por tanto, como consigna Bruniquer, partió de Barcelona el 21 de agosto de 1353 a bordo de la «Coca», una carabela de tres cubiertas de la compañía de Barcelona, acompañada de un séquito proporcionado a su jerar-

¹⁵ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 146. Vid., además, COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 117.

¹⁶ É. DE LUSIGNAN, *Histoire generale des royaumes de Hierusalem, Cypre, Armenie et lieux circonousins*, París, 1613, fol. 144 vº. Véase además C. ENLART, *Villes mortes du Moyen Âge*, París, 1920, p. 146.

¹⁷ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 144. COLL reproduce casi literalmente las palabras de Hebrera en su *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 117. Este episodio es referido de la siguiente manera por Giblet: «Fu la moglie (de Pedro I) Leonora d'Aragona, nipote del re di Nápoli, dotata con non molta somma di denaro: apparentandosi all ora i Precipi col fine di figliuoli, e della riputatione, non per aunanzate stati, o ricchezze, che finalmente non seruono, che ad accrecere gli incomodi a coloro, che le posseggono, e ad apportare gelosie e gli altri precipi confinanti», cf. H. GIBLET, *Histoire di Re Lusignani*, Venecia, 1660, pp. 350-351.

quía¹⁸. Su dote regia ascendía a la cantidad nada despreciable de 42.000 besantes. Hebrera, quien nunca ahorra elogios a Eleonor, dice que con la llegada de ésta a Chipre «conoció el rey Hugo (...) que había llevado en dote la nueva reina toda la felicidad al reino de Chipre, pues sobre las altas prendas que sobresalían de su tierna edad supo templar con tan fructuosa destreza las condiciones del príncipe su marido que, (...) habiendo desvanecido los ímpetus furiosos del valiente espíritu del mozo, se hizo de genio afable, de costumbres limpias, de pensamientos generosos y magnánimos, amado de su padre, unido con sus hermanos y adorado de todos»¹⁹. Si bien, a juzgar por los trágicos acontecimientos que agitaron la corte chipriota al final del reinado de Pedro I —unos acontecimientos en los cuales Eleonor jugó un papel determinante—, es más que dudosa esta influencia moderadora de la que habla Hebrera, parece cierto, según el relato de Majerás y la novelesca versión que del mismo da Enlart, que la turbulencia dominó durante generaciones entre los miembros de la familia real. Hugo IV, aunque amigo de las artes y de las ciencias y hombre de estado inteligente, tenía a veces poco control sobre sus arrebatos y se hizo de tal modo aborrecible a su yerno Fernando II de Mallorca que éste se vio obligado a abandonar la isla —y con ella a su esposa—, muriendo desdichadamente. Un día, además, después de la muerte de su primogénito Guy, que se ahogó, siendo aún muy joven, en los jardines reales, dos de sus hijos, Pedro y Juan, se escaparon de palacio, embarcándose, a escondidas de su padre, para visitar Europa. Éste, sin embargo, los alcanzó en su fuga y fueron devueltos al hogar. El rey, que gustaba del orden familiar, desahogó su ira sobre el preceptor de los príncipes, al que hizo ahorcar por considerarlo cómplice de la romántica huida²⁰.

Después de unos primeros momentos de incertidumbre por la reclamación que hizo su sobrino Hugo, hijo de su hermano mayor, de la corona de Chipre —reclamación que se resolvió finalmente con el pago a éste de una pensión vitalicia de 50.000 besantes—²¹, el joven rey se entregó con cuerpo y alma a la organización de una nueva cruzada que liberara los Santos Lugares, empresa a la que debía seguir la conquista de Egipto. Sólo de este modo, en opinión del osado rey, podría salvarse Chipre y la Europa Oriental del peligro musulmán que amenazaba cada día con mayor fuerza la cristiandad. De este modo, aconsejado por el canciller Felipe de Mézières, viejo y leal servidor de Hugo IV,

¹⁸ E. G. BRUNIQUER, *Rúbriques. Ceremonial dels magnífics consellers i regiment de la ciutat de Barcelona*, Barcelona, 1912-1916, tomo I, p. 229.

¹⁹ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 147. Cf., además, COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 118.

²⁰ C. ENLART, *Villes mortes du Moyen Âge*, pp. 144-145.

²¹ Sobre este episodio véase CH. F. DU CANGE, *Familles d'outremer*, Documents inédits sur l'histoire de France 2, París, 1869, p. 76.

reputado literato y filósofo cristiano, y por el legado pontificio San Pedro Tomás, entre 1362 y 1364 recorrió toda Europa para predicar, aunque sin éxito, la cruzada. Los tiempos, sin duda, habían cambiado mucho y, a pesar de la buena acogida que tuvo en todas partes (Génova, Venecia, Aviñón, París, Londres, Alemania, Polonia y Hungría), la cristiandad no estaba ya dispuesta a olvidar sus querellas y unir sus esfuerzos contra los infieles. Obtuvo, en efecto, algunos subsidios, pero sólo unos pocos caballeros quisieron seguirle. De este modo, con los contingentes que reclutó, reunió, en una flota de 115 velas, un ejército de 10.000 hombres, con los que se dirigió al delta del Nilo, tomando por sorpresa la ciudad de Alejandría (1365). Sus tropas, sin embargo, encontraron allí tantos tesoros que no pensaron más que en repartírselos y en regresar inmediatamente a su patria, negándose a seguir al joven rey en sus afanes de conquista²². En cualquier caso, la reina Eleonor se asoció, desde el primer momento, al proyecto de su marido, recaudando fondos para su empresa. Sabemos, por ejemplo, que la venta de franquicias a los periecos había reportado sumas considerables, según cuenta Majerás, y que la reina Eleonor se apresuró a enviar a su marido, que se encontraba a la sazón en Francia, la cantidad de 7.000 florines, aunque este dinero fue retenido fraudulentamente durante un tiempo por los herederos del mercader provenzal Serralhan²³. Paradójicamente, esta noble actitud de la soberana chipriota, que incluso es aplaudida por la historiografía chipriota, no es recogida por el panegirista Hebrera, quien a lo largo de dos extensos y pomposos párrafos se limita a una exposición, por lo demás poco original, de las andanzas del rey Pedro I por las cortes europeas en su empeño de conseguir el mayor soporte posible para su empresa.

Sin embargo, esta aparente armonía entre los soberanos chipriotas, que culminó, en una fecha indeterminada, con el nacimiento de un hijo, el futuro rey Pedro II, y de una hija, llamada Margarita, duró pocos años. Según cuenta Majerás, el rey, durante sus frecuentes ausencias de Chipre, llevaba consigo, para mantener viva la llama de su amor, una camisa de la reina y todas las noches la extendía en su lecho, acostándose junto a ella («και ώρισεν τον αυτόν τζαμπερλάνον όπου του στρώννει το κρεβάτιν του να βάλλη το αποκάμισον της ρήγαινας εις το πλευρόν του· και όντα νάππεσεν ο ρήγας να κοιμηθή αγγάλιζεν το αυτόν αποκάμισον και εκοιμάτον»)²⁴. No obstante, como apunta Nicolau d'Olwer, el rey, tal vez a raíz de sus contactos con Oriente, había adqui-

²² Sobre este fracasado proyecto de cruzada véase R. GROUSSET, *L'empire du Levant. Histoire de la Question d'Orient*, París, 1949, pp. 341-342, C. ENLART, *Villes mortes du Moyen Âge*, p. 272, N. JORGA, *Philippe de Mézières et la croisade au XVIe siècle (1327-1405)*, París, 1896, p. 128 (a partir de ahora cito: JORGA, *Philippe de Mézières*), y G. HILL, *A history of Cyprus*, Cambridge, 1948, vol. II, pp. 318-360.

²³ JORGA, *Philippe de Mézières*, p. 198, nota 4.

²⁴ MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 130, p. 114.

rido hábitos poligámicos y, además de su esposa legítima, había dejado en Chipre dos concubinas: Esquiva de Scandelión y Juana Lalemán (o l'Alemán)²⁵. El escándalo de estas relaciones parece que llegó a la misma corte pontificia, como demuestra el hecho de que en 1367 el Papa Urbano V interviniera para ordenar al joven rey que reanudara su vida conyugal con su mujer y expulsara a las concubinas que había introducido en el mismo palacio real. Por aquel entonces Su Santidad escribió al arzobispo Raimundo de Nicosia exhortándole a reprender al regio culpable, aunque para ello tuviera que hacer uso de las censuras eclesiásticas, ya que el rey, a quien se le conocía, por sus afanes de cruzada, con el título altamente honorífico de «atleta de Cristo», manchaba así la gloria adquirida combatiendo a los turcos como «persecutor acerrimus»²⁶.

Majerás es nuevamente la principal fuente histórica para este episodio, que a la postre debía conllevar no pocas desgracias al propio rey y a su reino. De la truculenta exposición del historiador chipriota no podemos dejar de evocar aquí el argumento de que se valía el rey para justificar sus amores adúlteros. Así, cuenta Majerás, ante la pregunta de cómo es que tenía dos amantes visto su amor hacia Eleonor, éste respondía que «τούτο εποίκεν το από πολλήν λονξουρίαν την είχεν, ότι ήτον παιδίος άνθρωπος», es decir, que el motivo de su reiterada y constante infidelidad conyugal era la lujuria que lo dominaba, ya que era un hombre joven²⁷. La reacción de la reina parece dar la razón al historiador francés Claude Enlart, quien en su famoso retrato de la soberana chipriota la define como «une de ces créatures qui semblent avoir été créés pour le malheur de tous ceux qui les approchent. Orgueilleuse, autoritaire, vindicative et bornée, elle avait la passion des sens et l'âme irascible. Elle aimait son mari d'un des ceux amours violents, egoïstes et maladroits, plus nuisibles cent fois que la haine»²⁸. Efectivamente, parece probado que la reina encontró la ocasión de vengarse en 1368, aprovechando una ausencia de su marido, enfrascado en un nuevo intento de cruzada. Llamó a palacio a una de las amantes del rey, Juana Lalemán, viuda de Juan de Montolif y señora de Choulou, a la sazón embarazada de ocho meses, y, después de reprenderla con duras palabras, mandó a sus sirvientas que la echaran al suelo y apretaran fuertemente su vientre con un mortero de piedra («έναν γδιν») para obligarla a abortar. Sus esfuerzos no surtieron efecto y probaron seguidamente con una piedra de molino («έναν χειρομύλιν»), con el mismo nulo resultado. De nada sirvieron tampoco todos los tormentos que infligieron a la joven Juana,

²⁵ LL. NICOLAU D'OLWER, *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània oriental*, Barcelona, 1926, p. 168. De ahora en adelante cito: NICOLAU D'OLWER, *L'expansió de Catalunya*.

²⁶ JORGA, *Philippe de Mézières*, pp. 385-386, y CH. F. DU CANGE, *Familles d'outremer*, p. 851.

²⁷ MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 242, p. 222.

²⁸ C. ENLART, *Villes mortes du Moyen Âge*, p. 150.

entre los que Majerás cita el uso de ortigas así como fumigaciones y pócimas diversas («μυρίσματα, τζίκνες, βρώμους και άλλα κακά»). El niño, por intercesión divina, según Majerás, en lugar de debilitarse parecía tomar más y más fuerza, ante lo cual la reina ordenó que la madre fuera encerrada en una mazmorra del castillo de Cerines (la actual Kerinia), con el mandato de que le fuera entregado el niño en cuanto naciera, sin que sepamos qué fue de aquella inocente criatura («δεν ηξεύρομεν τίς τιντα εγίνην το βρέφος το καθαρόν και άππαιστον»). Un año después la infeliz Juana fue liberada por orden del rey, a cuyos oídos había llegado la noticia de los tormentos infligidos por Eleonor a su amante, sin que los largos meses de cautiverio hubieran hecho mella en su proverbial belleza («η ομορφία δεν επαρκάτέβην»)²⁹. La reina, sin embargo, resentida aún con Juana, la obligó a vestir los hábitos en el monasterio de Ayía Fotiní, más conocido como Santa Clara, en Nicosia, de donde la sacó el rey a su regreso a Chipre en 1368. La otra amante, Esquiva de Scandelión, escapó de la venganza regia por vivir aún su marido, Grenier le Petit³⁰.

Los desafueros de la reina, sin embargo, no acabaron aquí. Por todo el reino corría la voz de que ésta, por su parte, cometía también adulterio con un noble de la corte, Juan de Morfu, conde de Rochás, lo que explica Majerás por el hecho de que entró la maldita bestia de la prostitución en el corazón del conde e hizo que se enamorara perdidamente de Eleonor («Ο αρχέκακος διάβολος της πορνείας εμπήκεν εις την καρδίαν του μισέρ Τζουάν τε Μόρφου, του κούντη τε Ρουχάς, και επίασέν τον

²⁹ MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 237, p. 218. Majerás nos ha transmitido la supuesta carta en la que Pedro I conminaba a Eleonor a liberar a su amante. Así, en un pasaje de la misma, le pedía literalmente que «le hiciera (a Juana) tanto daño como pudiera antes de que él llegara» («πρι να έλθω ποίσε το χειρότερον το να μπορήσης»), amenazándola al mismo tiempo de castigarla tan duramente que muchos temblarían al verlo («θέλω σου ποίσειν τόσον κακόν όπου να τρομάξουν πολλοί»), cf. *Ibidem*, § 236, p. 216.

³⁰ Para todo este episodio véase MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 234-238, pp. 215-218. G. HILL, en su monumental historia de Chipre, hace también una buena exposición de conjunto de este episodio (cf. *A history of Cyprus*, vol. II, pp. 360-362). Esta venganza regia debió encontrar un eco especial entre el pueblo chipriota, que impresionado por la salvaje venganza de la reina compuso la famosa *Canción de Arodafnusa*, de la que han llegado hasta nosotros varias versiones procedentes de diferentes regiones de Chipre. Sobre esta composición, que algún filólogo ha calificado de auténtico himno del pueblo chipriota, se puede consultar, sobre todo, G. GIDEL «La chanson d'Arodaphnousa», *Nouvelles études sur la littérature grecque moderne*, Paris, 1878, pp. 455-475, S. MENARDOS, «La reina» (en griego), *Boletín de la Asociación Histórica y Etnológica de Grecia*, IV, (1903), pp. 117-148, y A. NICOLAOU, *La chanson d'Arodaphnousa. Des origines franques à la tradition populaire actuelle*, Mémoire de Maîtrise, Université Paul Valéry, Montpellier, 1981-1982. Hemos traducido parcialmente al catalán esta canción en el trabajo «Algunas observaciones sobre la traducción de la poesía popular chipriota a una lengua extranjera (el ejemplo del catalán)» (en griego), en *Actas del I Simposio de Traductores de Literatura Chipriota (Nicosia, 13-14 de noviembre de 1998)*, Nicosia, 2001, p. 61.

πολλή και μεγάλη αγάπη απάνω της ρήγαινας»³¹. El informe que le había enviado el caballero Juan le Vicomte, con los rumores que corrían en la isla sobre la supuesta infidelidad de su esposa, así como la noticia de que los señores de Armenia, después de destituir a Constantino V, le habían elegido rey, llevaron a Pedro I a abandonar precipitadamente Roma y a regresar a Chipre en diciembre de 1368. En este punto es precisamente el continuador y traductor italiano de Majerás, Diomedes Strambaldi, quien nos ha transmitido la versión más ampliamente novelesca de la acusación contra Eleonor. El conde, que había llegado a utilizar toda clase de artificios para llevar «a perfection il desiderio suo», al saber que el rey, informado de su intriga con Eleonor, se había puesto en camino hacia Chipre, pensó en encubrir su delito, sobornando a las dos amantes del rey con monedas de oro y una pieza de tela de algodón («a l'una [donò] una balla de panno pavanazzo et mille grossi d'argento, et all'altra una balla da panno scarlato et mille grossi d'argento»)³². Su intención no era otra —continúa Strambaldi— que la de hacer creer al rey que su esposa era honesta y nobilísima y que la culpa de todo era del caballero Vicomte, quien había querido ofender a la reina, despechado por haber reprendido ésta su conducta licenciosa. Interrogadas las damas por el rey, quien a su vuelta a Chipre había evitado encontrarse con su esposa, le respondieron al unísono que la reina había reñido a Juan le Vicomte al sorprenderlo robando, motivo por el cual éste había escrito al rey la consabida y funesta carta. En un primer momento —siempre según Strambaldi— el rey creyó las palabras de ambas damas, pero luego la duda renació en su corazón y sometió el asunto a la consideración de los principales señores de la corte. Éstos pensaron que, si se daba crédito a la carta y se tomaba alguna decisión contra la reina, en Cataluña, donde reinaba su primo Pedro III, se diría que el castigo impuesto a Eleonor era debido al odio hacia los catalanes, los cuales, sin duda alguna, armarían una escuadra y realizarían una expedición contra Chipre que sería desastrosa para la isla y sus habitantes. Por otra parte, si se castigaba al conde de Rochás, el resultado vendría a ser el mismo, ya que se consideraría la acusación hecha contra él como el motivo de su castigo. De uno u otro modo la fama del rey quedaría mancillada y, con ella, la de todos los nobles de la corte, según un curioso razonamiento en virtud del cual, en palabras de Strambaldi, «il nostro signor, qual è corpo nostro, (...) è un usello et noi sue ale, et sicome l'aquila non val niente senza le sue ale, così anco il re senza de noi non val niente, et

³¹ *Ibidem*, § 239, p. 218. Juan de Morfu, que había servido ya al rey Hugo IV, debía ser, en 1368, un hombre de edad madura. Pedro I lo había nombrado Conde de Rochás —localidad que correspondía al antiguo estado latino de Edesa, en el continente asiático— y mariscal de Chipre. Después de ser durante unos años embajador del monarca en Venecia y en la corte pontificia de Aviñón, fue nombrado por éste gobernador del reino.

³² Cf. R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, pp. 94-96.

così noi senza de lui»³³. Por todo ello era mejor sacrificar, como calumniador, al autor de la carta que arriesgarse a que la vergüenza o algún mal peor cayera sobre Chipre («manco mal è che mora un cavallier che seguir gran male et vergogna in Cipro») ³⁴. Los nobles, por tanto, con la intención de que cesaran las habladurías y se proclamara la inocencia de la reina, aconsejaron al rey que ajusticiara de inmediato a Juan le Vicomte. Éste, siguiendo su consejo, dispuso el arresto del caballero Vicomte, ordenando al mismo tiempo que fuera encerrado en una celda del castillo de Cerines, de donde al cabo de un año fue trasladado «al Leone», es decir, a la fortaleza de Buffavento. En una mazmorra de esta espléndida construcción, como recoge el gran poeta Yorgos Seferis en su poema «El demonio de la carne», se le dejó morir de hambre («Κι ο Τζουάν Βιοκσύντης πέθανε απ' την πείνα σε μια γούφα») ³⁵.

¿Qué queda de esta truculenta historia en el relato de Hebrera y de su continuador, el padre Coll? A decir verdad, de la lectura de las páginas que ambos historiadores dedican a este episodio se deduce que conocían perfectamente las fuentes chipriotas, aunque no directamente sino a partir del resumen que de ellas da el historiador francés Étienne de Lusignan en su *Histoire generale des royaumes de Hierusalem, Cypre, Armenie et lieux circonousins*, publicada en París en 1613. Sin embargo, convencidos de que historiadores como É. de Lusignan defienden como verdades lo que no son más que «sacrílegas imposturas», escribiendo con ello libros «que aún ofenden con la memoria», no dudan en tergiversar toda la historia para presentar a Eleonor como una víctima inocente de la mala fe de Juana Lalemán, quien no encontró mejor manera de vengarse del justo castigo impuesto por la reina que derramando contra ella el «infernol veneno» de una más que falsa acusación de adulterio. Reproducimos seguidamente las palabras de José Antonio de Hebrera, al que sigue fielmente el padre Coll:

«Aunque (el rey) dejó en el gobierno de Chipre a su hermano el príncipe D. Juan, tomó tan por su cuenta la reina Doña Leonor la administración de la justicia que no hacía falta el rey más inexorable ni el espíritu más valiente contra los insultos, vicios públicos y escándalos. Hizose mortalmente temida de los malos y tiernamente amada de los buenos. Mereció dignamente que la llamasen *Virago*, porque en honor de la justicia ejecutó lo que no haría un ánimo varonil. Vivía entonces en su corte Madama Juana, viuda, que por las obligaciones de su sangre y las de su marido difunto debía vivir menos licenciosa y con más honestidad. Entró la reina Leonor a corregirla y con la reincidencia a castigarla y a ponerla en el convento de Santa Clara de Nicosia. No halló esta infeliz otro modo de vengarse de la santa reina que echar por la corte que el rey Don Pe-

³³ *Ibidem*, p. 100. En este punto, como en tantos otros, Strambaldi sigue fielmente a Majerás (cf. MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 255, p. 234).

³⁴ Cf. R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, p. 100.

³⁵ Y. SEFERIS, *Poemas* (en griego), Atenas, 1985, 15ª edición, p. 249.

dro la dejó embarazada y que, celosa, la reina envolvía sus celos con la especiosa capa de la justicia. Añadía que la reina tenía trato ilícito con el conde de Rochás y que quería, como tan astuta, mantenerse sin sospechas en lo que tan severamente castigaba. Apenas se derramó este infernal veneno contra la inocencia de la reina, pasó a herir en todos los corazones, que por castigados justamente se tenían por ofendidos de su reina y, hallando buena ocasión para la venganza, conspiraron contra el honor de sus reyes, defendiendo como verdades aquellas sacrílegas imposturas, haciendo cada día libelos tan indignos que aún ofenden con la memoria»³⁶.

La escena de la reunión de los notables chipriotas para tratar del supuesto adulterio de Eleonor es también recogida por Hebrera y Coll, aunque en sus páginas no sólo Eleonor sino también su marido son eximidos de toda sospecha acerca de su fidelidad conyugal. Por su parte, Juan le Vicomte es presentado como un calumniador, como el único responsable, junto a Juana Lalemán, de la pérfida acusación de adulterio contra la reina. Las palabras de Hebrera no dejan ninguna duda al respecto:

«Quería el rey castigar públicamente al autor de la carta, pero se redujo a que lo llevasen al castillo de Cerines, dando orden al alcaide para que lo pusiera en una oscurísima prisión donde le dejase morir de hambre y de sed en castigo merecido de la crueldad con que había tratado a la inocencia de la reina Doña Leonor, tirando a quitar la vida a su rey, con la especie más tirana de tormento que se podía discurrir ni imaginar»³⁷.

Dentro aún de la órbita franciscana, el escritor y moralista catalán Francesc Eiximenis (*circa* 1327-1409), quien ocupó diversos cargos de relevancia dentro de la orden, alude también a este episodio de la vida de Eleonor de Chipre en el tercer libro de su magna obra *Lo Chrestia*, concretamente en la sección conocida con el nombre de «Tractat de luxúria» (caps. 524-647), compuesta en Valencia el año 1384, es decir, en vida aún de nuestra protagonista. El lector, sin embargo, no debe llevarse a engaño por el título de la sección, ya que Eiximenis, como Hebrera y Coll más de tres siglos después, no alberga ninguna duda sobre la inocencia de Eleonor, presentándola, además, como ejemplo de coraje ante el adulterio —éste sobradamente probado— de su marido. El fragmento en cuestión es el siguiente:

«Una regina fo en Xipre qui sabent que lo rey, son marit, anava a altra fembra lo reptà de traició prometent de dar-li combatent per ella en camp e com lo rey se veés culpable, tement-se de perdre lo camp, ab conseyll de sàvies persones lexà anar la batalla car estech-li axí dit: —*Senyor, sapiats que vós no us podets escusar que no siats traïdor,*

³⁶ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 149. Cf., además, COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 119.

³⁷ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 150, y COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 120.

car havets trencada fe matrimonial, per què sapiats que si vós emparats la bataylla, que vós serets vençut. Per què per esta raó e per altres ell ho lexà estar»³⁸.

Los últimos días de la vida del rey, como muy bien señala el historiador inglés G. Hill, «offer a melancholy contrast to the brilliant scenes which marked earlier passages on his reign».³⁹ Majerás describe perfectamente en su *Crónica* los crecientes problemas con los que se encontró Pedro I a su vuelta a Chipre. Sus expediciones habían resultado muy caras y la nobleza chipriota volvía a mostrarse indisciplinada, cansada de obedecer y celosa del favor que el rey otorgaba, principalmente, a los caballeros oriundos de Francia. Éste, lejos de mostrarse conciliador, se veía dominado por constantes accesos de crueldad. Maltrataba a sus servidores, abusaba de las mujeres e incluso mandó construir, a poca distancia de palacio, una torre a la que llamó Margarita en la que pensaba encerrar a sus hermanos y a los principales señores después de un banquete. El hecho de que la noticia llegara a oídos del hermano del rey, el príncipe de Antioquía, a quien se lo comunicó el monje dominico que ejercía de confesor del monarca, echó al traste con el bárbaro plan. Su impopularidad fue creciendo y a ello contribuyó en gran medida un desagradable acontecimiento acaecido a principios de enero de 1369. En el curso de una cacería el rey intentó apropiarse por la fuerza de dos perros que pertenecían al hijo de Enrique de Giblet, vizconde de Nicosia. Éste se negó a entregárselos y su padre se presentó ante el rey para protestar airadamente por aquella acción. El rey, lejos de apaciguar los ánimos, reaccionó salvajemente a las quejas del vizconde despojándolo de su título y obligándolo a trabajar, como un esclavo más, en las obras de palacio. No satisfecho aún con esto, hizo torturar, ante su presencia, a su propia hija por negarse a casarse, como éste pretendía, con un criado suyo. Con todo ello, a parte de la brutalidad en sí de su comportamiento, el rey violaba las leyes chipriotas —las famosas *Asis-sas*—, que estipulaban que no se podía encarcelar a un noble sin el consentimiento de la Alta Corte y menos aún casar a una de sus hijas con un hombre de clase social inferior. Los nobles, representados por los dos hermanos del rey, expusieron sus quejas al monarca por el trato dispensado al caballero Giblet y éste, siempre según Majerás, perdió los nervios y los expulsó de palacio entre insultos. Poco a poco el drama real de Chipre iba convirtiéndose en tragedia y en el seno de palacio fraguó la idea de una conspiración que, en principio, de-

³⁸ Citamos a partir de la Tesis Doctoral inédita del Dr. XAVIER RENEDO (cf. *Edició i estudi del Tractat de Luxúria del Terç del Crestià de Francesc Eiximenis*, Tesis Doctoral, Barcelona-Girona 1991, cap. 583, p. 106). Recientemente hemos analizado este pasaje de Eiximenis en relación con los textos griegos referidos a Eleonor en el artículo «Un testimonio literario inédito en torno a Eleonor de Aragón, reina de Chipre (circa 1333 - 1416)» (en griego), en *Anuario del Centro de Investigaciones Científicas*, XXVI, (2000), pp. 157-165.

³⁹ G. HILL, *A history of Cyprus*, vol. II, p. 360.

bía servir para destronar y encarcelar al rey. La encabezaban sus propios hermanos Juan y Jacobo. Éstos, junto con otros conspiradores, después de liberar a los nobles encarcelados por orden del rey, irrumpieron, en la madrugada del día 17 de enero de 1369, en los departamentos reales, encontrando al rey durmiendo con Esquiva de Scandelión. Cuando los conjurados forzaron la puerta del dormitorio, Esquiva, cubriéndose apresuradamente con sus ropas, huyó por una trampilla que comunicaba con el piso inferior. Los asesinos, Felipe de Ibelín, Enrique de Giblet y Juan de Gaurelle, acribillaron, con sus puñales, al rey, sin que nadie, ni siquiera sus hermanos, contenidos por los demás conspiradores, pudiera acudir a sus gritos de auxilio. El caballero Juan Gorap, administrador de la corte, le cortó la cabeza, y, como recoge Seferis siguiendo fielmente a Majerás, el capitán de los turcoples, Jaime de Nores, «sacó su cuchillo y le cortó las vergüenzas y la verga a la par que exclamaba: ¡por esto te ganas-te la muerte!» («κι έβγαλεν την μαχαίραν του και κόβγει τα λυμπά του με τον αυλόν και του είπε Για τούτα έδωκες θάνατον!»)⁴⁰.

En el relato de los hechos, los franciscanos Hebrera y Coll, en su empeño por borrar la más leve sombra de duda sobre la fidelidad conyugal de Eleonor, exigen incluso a su marido de toda responsabilidad en los acontecimientos que le llevaron a la muerte, actitud con la que coinciden en parte los poetas e historiadores franceses Jean Froissart y Philippe de Mézières. Así, el primero le consagró el elogio más cumplido que se podía desear, atribuyendo su asesinato a los turcos, que, temerosos de sus «proresses» y «hautes emprisses», sobornaron a su hermano Jacobo para que lo asesinara. El segundo, su canciller, hizo colocar, en memoria suya, una inscripción en la sala del cabildo de los Celestinos, en París.⁴¹ En esta misma línea, para Hebrera –punto en el que lo sigue también fielmente Coll– la culpa del asesinato de Pedro I recae única y exclusivamente en los nobles chipriotas, enemistados con el rey por su empeño en investigar a toda costa el origen de las infamias vertidas por éstos contra su esposa. Nuevamente las palabras de Hebrera suenan a fría alabanza cortesana:

«Aunque sosegado el rey de sus mortales congojas y consolada la reina de haber visto su remedio antes de saber su daño, sin embargo fue el rey con gran disimulo apurando

⁴⁰ Y. SEFERIS, *Poemas* (en griego), p. 249. Para todo este episodio véase MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 259-281, pp. 238-281. Sobre las trágicas circunstancias que envolvieron la muerte de Pedro I remitimos al lector al artículo de J. RICHARD «La révolution de 1369 dans le royaume de Chypre», *Bibliothèque de l'École des Chartes*, 110, (1952), pp. 108-123, así como al documentado trabajo de P. EDBURY, «The Murder of King Peter I of Cyprus (1359-1369)», *Journal of Medieval History*, 6, (1980), pp. 219-233.

⁴¹ Éstos y otros elogios, de los que nos hablan ya Du Cange y Bustron, son perfectamente recogidos y comentados por G. HILL en *A history of Cyprus*, vol. II, pp. 367-369.

más la verdad en nuevos créditos de la reina Doña Leonor pero en mayores cuidados por las cosas que descubría contra su real persona, en que intervenían sus hermanos y muchos de la primera nobleza de su reino. Parecióle que nada haría sin el castigo y, aunque comenzó con rigor, todo para su enojo era amargo, porque, considerando que habían ofendido a la reina en el honor y a él en la fidelidad, se dejó vencer del espíritu de la vindicta pública con tan extremado ardimiento que llegó a decir: *Que quisiera que todos los nobles de Chipre tuvieran una sola garganta, como deseaba Calígula de los romanos, para cortar todas las cabezas en un golpe de su espada*»⁴².

Muerto el rey, se crearon inmediatamente en Chipre dos partidos irreconciliables, el de Eleonor y el de los nobles, encabezados éstos por los hermanos del difunto Pedro I, Juan y Jacobo, instigadores de la conspiración que acabó con su vida, y de nada sirvieron, en 1372, los consejos de moderación que dio a la familia real la famosa santa sueca Brígida de Nericia durante su estancia en la isla a la vuelta de los Santos Lugares. La inquietante Eleonor, como la denomina algún historiador, se retiró, en compañía de sus hijos, al Casal de Corcú, cerca de Nicosia, sin perder la ocasión, siempre que podía, de ganarse el favor de los soldados, pidiéndoles que le ayudasen a guardar a su hijo de los que habían matado a su padre. Por su parte, además, intentó escribir, con el mayor secreto, al Papa Gregorio XI y a otros potentados de Occidente, entre los que cabe destacar al rey de Francia, a su padre el infante Pedro y a su primo Pedro III el Ceremonioso, informándolos del triste papel jugado por sus cuñados en el complot que había acabado con la vida de su marido y exhortándoles a acudir en su ayuda. El notario y hombre de confianza de Pedro I, Nicolás de Naou (o de Naca), después de redactar las cartas, se las entregó al noble genovés Marco Grimaldi para que las llevase a su destino. Éste, sin embargo, fue arrestado en Famagusta por orden del gobernador del reino y, sometido a tormento, negó que tuviera las cartas aunque confesó haberlas recibido. Enfurecido el príncipe Juan por su noble lealtad, lo condenó a muerte. No obstante, ante la oposición de la colonia genovesa en pleno, la pena le fue conmutada por el destierro y la prohibición de no inmiscuirse nunca más en los asuntos de Chipre («fu perdonato —señala Amadi— con giuramento di non esser mai più consenciente ne impazzarse in le cose che tochano o preiudicano Cypro»)»⁴³. Menos suerte tuvo Nicolás de Naou, quien pagó con su vida el servicio prestado a la reina viuda. En efecto, se le arrastró por las calles de Nicosia hasta la horca que, a propósito, se hizo levantar frente al Casal de Corcú, ante las habi-

⁴² HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 150. Cf., además, COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 120.

⁴³ R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, p. 430

taciones ocupadas por la reina⁴⁴. Hecho esto, el príncipe de Antioquía escribió cartas y envió embajadores al Papa y a varios monarcas de Occidente, intentando convencer a todo el mundo de que habían sido las insolencias del rey las que le habían incitado, tanto a él como a su hermano, a actuar de aquel modo.

Eleonor, sin embargo, como recoge Jorga, parece que consiguió hacer llegar sus quejas a la corte de Aviñón, para lo cual se sirvió del obispo de Nueva Focea, del doctor en decretos maese Jorge Syativa y del caballero Guillermo de Zurivaco⁴⁵. Ante ello, el príncipe Juan, que se erigió como regente, temiendo que la noticia cierta del regicidio, comunicada al monarca aragonés tanto por Eleonor como por sus representantes diplomáticos en Chipre, le atrajera alguna desgracia, se avino a declarar a Eleonor tutora del futuro rey y a que tuviera parte efectiva en el gobierno del reino, cosa que desde el asesinato de su esposo sólo ejercía nominalmente⁴⁶.

Llegado a la edad de quince años, Pedro II pidió a su tío Juan, que actuaba de regente, que le declarase mayor de edad, a lo que éste accedió, cumpliendo con ello la súplica del Papa Gregorio XI⁴⁷. De este modo, el 6 de enero de 1371 fue coronado rey de Chipre en la catedral de Santa Sofía de Nicosia y un año y medio más tarde rey de Jerusalén en la de San Nicolás de Famagusta. Sin embargo, durante el festín que siguió a la ceremonia y más concretamente en el momento en que el nuevo rey se levantó de la mesa para despojarse de su traje y ornamentos reales, estalló una violenta querrela, por cuestión de precedencia, entre genoveses y venecianos, cuyo papel en la política interior y exte-

⁴⁴ Sobre este incidente véase MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 311-315, pp. 296-300 y R. DE MAS LATORIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, pp. 125-128 (Strambaldi) y 430 (Amadi).

⁴⁵ JORGA, *Philippe de Mézières*, p. 400.

⁴⁶ El príncipe regente, en efecto, tenía motivos para actuar de este modo, ya que nos consta que el Papa Urbano V, en una carta datada el 1 de febrero de 1370, le exhortaba a salvaguardar la existencia política del reino que le estaba confiado, mientras que en otra misiva del día 13 del mismo mes atestiguaba a Eleonor la profunda compasión que le inspiraban sus desgracias y las de su hijo (cf. *Ibidem*, p. 401). Asimismo, Pedro III de Aragón envió a Francesc Vilarrassa y Jaime Fiveller como embajadores a su prima para consolarla por el asesinato de su marido (cf. ZURITA, *Anales*, vol. II, p. 357), y, según GIBLET, en 1371 llegó a Aviñón el padre de Eleonor, fray Pedro de Aragón, presentando al nuevo Papa, Gregorio XI, cartas y soberbios regalos de su hija. Éste, por su parte, escribió una carta de agradecimiento a Eleonor recomendándole la educación de su hijo y otra al regente rogándole que no demorase la coronación de Pedro II (cf. H. GIBLET, *Histoire de Re Lusignani*, p. 445, y JORGA, *Philippe de Mézières*, p. 406). Finalmente, el Santo Padre, temiendo que con la desaparición de Pedro I cayese Chipre en poder de los turcos, el 4 de junio de 1371 escribió al Gran Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén, establecida entonces en Rodas, Raimundo Berenguer, para que se dirigiera a Chipre junto con el padre de Eleonor para asegurar la paz en aquel pequeño reino latino (cf. J. A. DE FUNES, *Crónica de la ilustrísima milicia y sagrada religión de San Juan Bautista de Jerusalén*, Valencia, 1626, p. 176).

⁴⁷ Sobre esta recomendación papal véase JORGA, *Philippe de Mézières*, p. 406, así como la nota anterior.

rior chipriota era cada vez más importante⁴⁸. El altercado acabó con varios genoveses muertos a manos de los caballeros chipriotas, que se levantaron para defender a los venecianos, que iban desarmados. Pedro II reprendió a la Podestà de Génova y encerró a varios genoveses en la cárcel por haberse presentado armados a su coronación, aunque finalmente los liberó. Éstos, en cuanto se vieron libres, cargaron sus mercancías en dos galeras y partieron hacia Génova con sus familias, contando allí a su gusto lo sucedido en Chipre. La situación fue agravándose con el paso de los meses y de nada sirvieron las gestiones del padre de Eleonor, fray Pedro de Aragón, que visitó la isla a mediados de 1372 con el encargo papal de llevar a cabo una misión pacificadora «pro ipsius prospero statu et tranquillo»⁴⁹. Mientras, en Chipre, la actitud de Eleonor, quien, como recoge Majerás, no dudó en escribir nuevas cartas a su primo, el monarca Ceremonioso, y a la reina Juana de Nápoles solicitándoles su concurso en la expedición genovesa contra los asesinos de su marido⁵⁰, dio a esta república italiana la excusa perfecta para una intervención a gran escala contra la isla. Ésta, una vez conseguida la licencia papal, para la cual fue clave la intervención de fray Pedro de Aragón, se produjo finalmente en 1373, con la llegada a Chipre de treinta y siete buques bajo el mando del almirante Pedro de Campo Fregoso. Las consecuencias fueron desastrosas para la isla: los genoveses devastaron el reino, saqueando muchas ciudades y ocupando, por traición, Baffo y Famagusta. Eleonor y su hijo no se vieron libres tampoco de las humillaciones infligidas por los genoveses al pueblo chipriota, ya que, a pesar del juramento hecho por el almirante genovés y sus hombres sobre la hostia y el cáliz consagrados en virtud del cual el rey y su séquito podían acudir sin recelo al castillo famagustano, al entrar éstos en la gran sala del castillo para parlamentar con los genoveses, el almirante hizo cerrar las puertas de la fortaleza,

⁴⁸ En efecto, entre los elementos mercantiles que habían llegado a Chipre en el siglo XII (venecianos, genoveses, amalfitanos, pisanos y pullenses), prevalecían, sobre todo, los genoveses, quienes ya en 1218, durante la minoría de edad de Enrique I, obtuvieron, con amplias franquicias, la institución de dos colonias en Limasol y Famagusta, con sus respectivos consulados. Estas franquicias fueron aumentadas en 1232 y, con la caída de San Juan de Acre en 1291, la preponderancia genovesa se hizo aún más gravosa para el pueblo chipriota. A pesar de que al principio de su reinado Pedro I había intentado desembarazarse de venecianos y genoveses poniendo freno a su preponderancia en la isla, en 1365 tuvo que ceder ante la presión genovesa, que intentaba dar forma concreta a su dominio sobre Famagusta. Véase una buena exposición de conjunto de esta cuestión en NICOLAU D'OLWER, *L'expansió de Catalunya*, pp. 163-176.

⁴⁹ Archivo Vaticano, Reg. 263, fol. 57. Cito a partir de JORGA, *Philippe de Mézières*, p. 406.

⁵⁰ Así, según Majerás, «ομοίως η ρήγαινα έπεψεν γ(ρ)αφές του ρε τε Ραου, του ανιψιού της και της ρήγαινας της Ανάπολις της Τζουάνας να ήνε εις την βοήθειαν τους Γενουβίσιους, δια να ποίσουν την αρματωσία να έλθουν εις την Κύπρον», es decir, «la reina envió cartas a su primo, el rey de Aragón, y a Juana, la reina de Nápoles, pidiéndoles que ayudaran a los genoveses en la expedición que partiría hacia Chipre», cf. MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 357, p. 336.

reteniéndolos como prisioneros durante todo un día y una noche, sin darles nada de comer ni beber ni procurarles un lecho conveniente para dormir.

No todo, sin embargo, fueron sinsabores para Eleonor, ya que el almirante genovés, si bien impuso una durísima contribución a la ciudad de Famagusta, sometiendo a tormento a los que no querían decir dónde tenían sus bienes, cumplió su palabra de vengar la muerte del rey Pedro I haciendo decapitar a Felipe de Ibelín, señor de Arsur, Enrique de Giblet y Juan de Gaurrelle, los autores directos de su asesinato. La venganza regia, sin embargo, era insaciable y Eleonor se ocupó personalmente del auténtico inductor del magnicidio, su cuñado Juan, príncipe de Antioquía, quien había sacado el máximo partido de la muerte de su hermano al encargarse personalmente del gobierno del reino durante la minoría de edad de su sobrino Pedro II. Según el truculento relato de Majerás, a quien sigue fielmente Strambaldi, Eleonor, meditando su perdición, le escribió para que se guardara de los mercenarios búlgaros de su ejército, ya que, según ésta, pensaban asesinarlo. Cándidamente el príncipe creyó al pie de la letra lo que le comunicaba su cuñada y, haciendo comparecer ante él, uno a uno, a dichos auxiliares, los mandó matar a todos excepto a uno, que logró huir. Seguidamente, seguro de la amistad de la reina, se trasladó a Nicosia. Ésta, por su parte, considerándolo como el mayor culpable del regicidio, hizo esconder en la cámara contigua a la del rey a sus escuderos Francisco Saturno y Loys Ponto así como a algunos napolitanos, armados todos ellos con espadas y dagas. Finalmente, mandó decir al príncipe, de parte de Pedro II, que éste quería hablarle. A pesar de los secretos avisos que recibió para que no acudiera a la llamada, el príncipe de Antioquía fue al palacio y entró en la cámara del rey, donde encontró a la reina, quien lo hizo sentar entre ella y su hijo con gran agasajo. Después de diversos razonamientos, Pedro II le preguntó cuál había sido la causa del asesinato de su padre y de qué manera se produjo éste. El príncipe recomendó a su sobrino que se olvidara de esas cosas ya pasadas y que resultaban tan dolorosas, momento en el cual Eleonor, poniéndose en pie y sosteniendo en sus manos la camisa ensangrentada y despedazada de su difunto esposo, montó en cólera acusándolo del bárbaro asesinato. A sus gritos acudieron los hombres que estaban ocultos a la espera de las voces de la reina y acuchillaron al príncipe sin compasión. Se achacó la trama de este asesinato al caballero lombardo Giacomo de San Michele y al baile de la reina, Paulo Marag⁵¹. De este sangriento episodio se hace eco justamente el escritor catalán Bernat Metge, quien en un pasaje de su obra *Lo somni* pone énfasis en la valentía de que hizo gala Eleonor en el momento de vengarse de su cuñado, Juan de Antioquía, por la muerte de su marido:

⁵¹ Sobre todo este episodio véase MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 552-554, pp. 546-550.

«Qui'd poria explicar la gran animositat que la regina Dona Elienor de Xipra hagué en lo gran perill al qual per sa honor delliberadament exposà la sua persona en la vengansa que féu de la mort del rey En Pera, marit seu, per sos frares e vessalls prodicionalment perpetrada?»⁵².

Sin embargo, coincidimos con Nicolau d'Olwer en que, más que la elegante prosa cortesana de Metge, es la musa misógina de Jaume Roig la que retrata mejor la terrible venganza de Eleonor:

«No menys peccat
e desamor
féu na Leunor
reina txipriana,
qui fon germana
del vell qui' s deia
duc de Gandia.
A son cunyat
tot descuidat
lo féu matar,
e féu entrar
dins Famagosta,
més que llagosta,
gent genovesa.
De roba fesa
e violada
en la entrada
prou n'hi hagué»⁵³.

Vengada tan atrocemente la muerte de su marido, Eleonor pensó en casar a su hijo para asegurar la sucesión a la corona. De este modo, después de alguna tentativa fracasada de entroncar con la familia imperial bizantina, en 1376 se concertaron los esponsales de Pedro II con Valentina, hija de Bernabé Visconti, duque de Milán. Este matrimonio tenía una intencionalidad política muy clara, ya que con él Pedro II proyectaba ganarse el apoyo de Milán y Venecia, unidas desde 1377 en una alianza común contra su enemiga secular, Génova. No en vano, en el tratado matrimonial se estipuló que las galeras destinadas a conducir a la novia a Chipre debían también ayudar al rey a reconquistar Famagusta. Parece ser que Valentina partió de Venecia el día 6 de julio de 1378,

⁵² B. METGE, «Lo Somni», en *Obras de Bernat Metge*, Edición crítica de Martí de Riquer, Biblioteca de Autores Barceloneses, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, Barcelona, 1959, p. 340.

⁵³ J. ROIG, *L'Espill*, Edición de F. Almela Vives, Els Nostres Clàssics 21, Barcelona, 1928, p. 144. Sobre este fragmento de Roig así como sobre el anterior de Metge véanse los interesantes comentarios de NICOLAU D'OLWER en *L'expansió de Catalunya*, p. 171.

llegando unas semanas más tarde a Cerines, donde fue recibida por el rey, celebrándose el matrimonio poco después en la catedral de Nicosia⁵⁴.

No tardaron en aparecer, sin embargo, graves disensiones entre las dos reinas, originadas seguramente, como señala Hill, por el hecho de que Eleonor «was not likely to welcome the appearance on the scene of another woman who was sure to become her rival»⁵⁵. Majerás nos ha transmitido alguna disputa doméstica entre Eleonor y Valentina por cuestión de rango y privilegios que pone de manifiesto el poco aprecio que se tenían ambas reinas⁵⁶. Su relación, lejos de mejorar con el paso del tiempo, fue deteriorándose hasta el punto de que Pedro II no tuvo más remedio que hacer caso de las peticiones de su mujer y escribir a su abuelo, fray Pedro de Aragón, para que acudiera de inmediato a Chipre a recoger a su hija, lo que ocurrió en el mes de octubre de 1380. Si hemos de creer a Majerás, parece ser que ni tan sólo en los días inmediatamente anteriores a su partida de Chipre Eleonor se avino a hacer las paces con su hijo y su nuera sino todo lo contrario. Según el cronista chipriota, en su camino hacia el puerto de Cerines, Eleonor no perdía la ocasión de responsabilizar a su hijo y a su nuera de todos los males que sufría, augurando al pueblo chipriota todo tipo de desgracias bajo tales soberanos⁵⁷.

⁵⁴ Sobre los esponsales de Pedro II véase G. HILL, *A history of Cyprus*, vol. II, pp. 422-423, quien corrige los errores de fechas en los que incurren Majerás, Strambaldi y Bustron.

⁵⁵ *Ibidem*, vol. II, p. 425.

⁵⁶ Majerás y su continuador, Strambaldi, cuentan que un palafrenero de la reina madre tuvo la torpeza de realizar algunos actos de desprecio hacia un camarero de la reina joven. Ésta suplicó a su suegra que despidiese al insolente camarero para evitar males mayores, pero Eleonor se negó a ello. Entonces, Valentina hizo que su camarero contestase al palafrenero con un desprecio mucho mayor que los suyos. La reina madre, considerándose ofendida en su dignidad, pasó a las habitaciones de su nuera y, si no se hubieran interpuesto las demás damas, hubieran pasado de las palabras a las manos. La conversación que seguidamente tuvieron sobre este desagradable incidente Pedro y Valentina –y en la que salió a colación incluso la especie calumniosa vertida por un sirviente según la cual Eleonor había querido envenenar a su propio hijo– acabó con la recomendación de Valentina a su marido de enviar a su madre de vuelta a Aragón («–Signor, poichè hanno conturbato il cuor vostro, che volete lei qui? Mandatela da suo padre a Raona»), cf. R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, p. 246. Como en otras ocasiones, Strambaldi se inspira directamente en Majerás (cf. MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 580-589, pp. 576-586).

⁵⁷ Concretamente, según Majerás, la reina, en su camino hacia Cerines, donde debía embarcarse con dirección a Barcelona, preguntaba a todas las mujeres con hijos: «¿Estáis satisfechas con mi hijo, el rey? Muy mala compañía os harán él y su mujer. Por esto escribiré a los genoveses que vengán a conquistar el reino; son hombres ricos y con ellos viviréis en paz» («Και εθώρεν τες γυναίκες όπου είχαν παιδία και αρώταν τες: –“Αρέσκει σας ο υιός μου ο ρήγας; Πολλά κακήν συντροφίαν θέλει σας ποίσειν, εκείνος και η γυναίκα του. Δια τούτον είνε χρήσι να μηνύσω να έλθουν οι Γενουβίσοι να πάρουν το ρηγάτον, διότι είνε ανθρωποι πλούσιοι και θέλουν ποίσειν πάσα ανάπαυσιν»), cf. MAKHAIRAS, *Chronicle*, § 582, p. 578. Este episodio es transmitido casi con las mismas palabras por Strambaldi (cf. R. DE MAS LATRIE, [ed.], *Chroniques d'Amadi et de Strambaldi*, p. 246).

Como no podía ser de otra modo, el franciscano José Antonio de Hebrera, así como su continuador, el padre Coll, en su versión de estos trágicos acontecimientos ponen especial empeño en eximir a Eleonor de toda responsabilidad y en cargar a los nobles —y muy especialmente a los hermanos del rey, Juan y Jacobo— el cúmulo de desgracias que acarreó al pueblo chipriota el asesinato de Pedro I. La reina es presentada, ante todo, como una madre y esposa ejemplar, empeñada en proteger a su hijo del peligro que suponía la convivencia con los asesinos de su marido. Así, en palabras de Hebrera, «tomó (Eleonor) en los brazos al príncipe Don Pedro, su hijo, niño de pocos años, para defenderlo de aquellos que debían ampararlo. No podía implorar el auxilio de los nobles, porque como a juez de su traición execrable miraban a la reina como a mortal enemiga»⁵⁸. Asimismo, para Hebrera, la misión de la santa Brígida de Suecia no es poner paz entre Eleonor y los nobles, enfrentados a raíz de la muerte del rey, sino, simplemente, «consolar a la reina, (...) asegurándole que Dios tomaba por su cuenta la venganza, como vería presto el reino de Chipre»⁵⁹. El cronista franciscano, además, incapaz de concebir el fracaso de la misión encomendada por el Santo Padre a fray Pedro de Aragón en 1372, una misión que, como hemos señalado anteriormente, no surtió ningún efecto, convierte a este destacado miembro de la orden de San Francisco en el auténtico pacificador de la isla, ya que con sus ruegos consiguió que Dios intercediera a favor de sus siervos Pedro II y Eleonor, que sólo de este modo pudieron poner freno a los desmanes de los genoveses:

«No fue el santo fray Pedro quien hizo ver señales de paz y quietud en aquel reino sino Dios Nuestro Señor, que movido a piedad por los ruegos y lágrimas de su siervo tuvo por bien de mejorar las horas y traer a los genoveses, que se juzgaban dueños de aquella isla, a entrar en ajuste y tratados con el rey y reina, hija y nieto del venerable infante, que con las instrucciones que llevaba del Papa Gregorio se hizo venerar como celestial paraninfo y ángel de paz entre genoveses y chipriotas»⁶⁰.

El ajusticiamiento de los asesinos del infortunado Pedro I, lejos de verla Hebrera como una ciega venganza de Eleonor, la presenta como un acto de justicia, llegando a afirmar que los hermanos del rey, inductores directos de su muerte, «quedaron arrastrando las duras cadenas de sus enormes y tiranas maldades»⁶¹. Final-

⁵⁸ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 152, y COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 121.

⁵⁹ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 152, y COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 121.

⁶⁰ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, pp. 153-154, y COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, pp. 122-123.

⁶¹ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 154, y COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 123.

mente, el episodio de la partida de Eleonor de Chipre es despachado por Hebrera en un par de líneas. En ellas, si bien hace referencia a las desavenencias entre suegra y nuera, evita entrar en detalles por ser éstos, como hemos visto, poco favorables a Eleonor :

«Con este género de quietud quedó el reino de Chipre en este tiempo, cuando en unas galeras catalanas se volvieron a Barcelona el santo fray Pedro y su hija la reina Leonor, que ya había experimentado con la nuera el imposible de vivir juntas y en paz, reina madre y reina hija»⁶².

A raíz de su partida de Chipre en 1380 la historiografía griega deja de ocuparse de esta singular reina, protagonista de muchas —posiblemente de las mejores— páginas consagradas por Leondios Majerás a los reinados de Pedro I y de su hijo Pedro II. El rastro de Eleonor, sin embargo, no se pierde completamente y su nombre aparece con cierta asiduidad en los registros cancillerescos catalano-aragoneses. En contra de lo que sostenía la historiografía tradicional, hoy sabemos que no es cierto que a su llegada a Barcelona en 1381 después de una escala de varios meses en la isla de Rodas Eleonor se instalara inmediatamente en esta ciudad, dedicándose de forma casi exclusiva a obras de caridad en un ambiente marcado por un duelo riguroso y obsesivo. En efecto, unos documentos hasta hace pocos años inéditos procedentes tanto del Archivo de la Corona de Aragón como del Archivo Comarcal e Histórico de Valls prueban que Eleonor vivió de forma continuada en la ciudad tarraconense de Valls desde 1382 hasta 1394, residiendo en el palacio del Arzobispo bajo la protección de los monarcas catalano-aragoneses, que le asignaron una pensión anual de 2000 florines de oro de Aragón que le serían renovados siempre que no marchara de los dominios reales o bien no le fueran satisfechas por su hijo las rentas que poseía aún en Chipre. No obstante, hoy estamos en condiciones de afirmar que su comportamiento en esta ciudad no se corresponde en absoluto con la imagen abonada por los cronistas franciscanos de una mujer consagrada a la caridad y a la penitencia hasta el final de sus días. Como señalábamos anteriormente, una serie de documentos cancillerescos dan fe de las consecuencias trágicas que comportó la negativa de Eleonor a pagar a las autoridades locales de Valls el impuesto que éstas habían fijado, gracias a un privilegio real, sobre el vino y otros alimentos que se importaban de fuera de la ciudad. En una ocasión en que los habitantes de Valls presentaron sus reclamaciones a la reina, ésta los expulsó violentamente de su castillo, enviando a sus parciales contra la multitud, con el resultado de dos muertos. Después de este episodio y a pesar de la aceptación por parte de Eleonor del impuesto sobre el vino que

⁶² HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 155, y COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 123.

importaba de Prades y Gratallops, donde su hermano tenía un señorío, sus relaciones con la villa de Valls quedaron rotas para siempre y de nada sirvieron las concesiones y donativos que ésta hizo a la ciudad, entre las que cabe destacar una reliquia de Santa Ágata y una espina santa, es decir, una de las espinas de la corona de ludibrio de Jesucristo⁶³. A partir de aquel momento la Universidad de Valls se negó a satisfacer a Eleonor su pensión anual y en no pocas ocasiones sus disensiones acabaron en los tribunales, de lo cual son un buen ejemplo los pergaminos número 171-172, 174 y 177 del Archivo Comarcal e Histórico de Valls. Finalmente, en esta carrera de despropósitos, el pueblo de Valls encontró la ocasión de vengarse de tantas humillaciones el día 29 de noviembre de 1394, cuando, bajo el pretexto de varias vejaciones hechas a los vallenses por los servidores de la reina, se amotinó y, dirigido por Jaume Bertrán, invadió el castillo, asesinando, en la habitación misma de la reina y en presencia suya, a Bonanato de les Guarres, su hombre de confianza, responsable, a ojos del pueblo, de la muerte de los dos jóvenes vallenses a la que hemos hecho referencia anteriormente. Este asalto, que es recogido en el documento 2050 del Archivo de la Corona de Aragón (fol. 182 vº), constituye el punto culminante de una situación de creciente enemistad entre Eleonor y la ciudad que la acogió en su destierro⁶⁴.

Después del amotinamiento del pueblo de Valls y del asesinato de su hombre de confianza, Eleonor se trasladó a vivir a Barcelona, donde residió hasta su muerte, acaecida el 26 de diciembre de 1416, en una casa de la calle de los Mercaderes. Durante su larga ancianidad debió mantenerse alejada de la vida cortesana, recluida en un ambiente marcado por el duelo y la austeridad más extremos. La malograda reina —en palabras del historiador barcelonés A. Duran i Sanpere— llevaba su viudedad aparatosamente. La dureza que tuvo hacia los otros la ejercía también contra si misma, ligada por voluntad propia a una vida de aislamiento en una casa oscura y triste por la insistencia del duelo que

⁶³ Sobre los donativos hechos por Eleonor a la ciudad de Valls se puede ver nuestro trabajo «El recuerdo de Eleonor de Aragón, reina de Chipre, en literatura y el folclore de Valls», en prensa en las actas de las *Jornadas sobre Bizancio y España*, celebradas en el Museo Arqueológico Nacional del 23 al 25 de junio de 2003. De ahora en adelante cito: AYENSA, *El recuerdo*.

⁶⁴ Respecto a las tensas relaciones entre Eleonor y el pueblo de Valls se puede consultar nuestro artículo «Nuevos testimonios sobre la vida de Eleonor de Aragón, reina de Chipre (circa 1333-1416)», en *Erytheia*, 20, (1999), pp. 153-171. Algunas de las noticias expuestas por nosotros en este artículo son reproducidas por M. PIERIS en su trabajo «Sobre la historia catalana de Eleonor de Aragón, reina de Chipre» (en griego), en *Anuario del Centro de Investigaciones Científicas*, 27, (2001), pp. 16-19. Se puede encontrar también alguna noticia interesante al respecto en la *Historia de la villa de Valls desde su fundación hasta nuestros días*, de F. PUIGJANER, publicada en Valls en 1881 (pp. 92-100), y, sobre todo, en el trabajo de P. CATALÀ ROCA «L'etapa valenca de la reina Elionor Maria d'Aragó», en *Monografies valenques*, Nº 3, Valls, 1895, pp. 13-45. Respecto al recuerdo que de Eleonor ha conservado la literatura y el folclore de Valls remitimos al lector a nuestro trabajo *El recuerdo*.

cubría las paredes y los muebles. Es un perfecto ejemplo del ambiente en el que debieron transcurrir monótonamente los últimos años de la vida de Eleonor el inventario de los muebles que dejó ésta al morir, conservado en un documento localizado por Duran i Sanpere en el Archivo de Protocolos de Barcelona. Del detallado catálogo del mobiliario reproducimos las palabras con las que Durán describe el dormitorio principal:

«Al dormitori hi havia un cofre folrat de ferro on era guardada la vaixel·la d'argent, bacines d'aiguamans, plats, plàteres, escudelles, veires, gerros, culleres i candelers per als ciris de la il·luminació (...). El llit hi és minuciosament descrit. L'única cosa que s'hi troba d'excepcional és el dosser, que és negre, i amb això veiem que els paraments de dol dominen en totes les cambres. També domina el dol en els vestits de la reina, guardats en altres caixes, tant si són aljubes, cotes o gonelles; fins els foltres dels mantells són de pell negra. També és negre el caixablanc que hi ha als peus del llit i fins el cobertor. L'obsessió del dol va continuant. Així com ho hem vist en els menjadors, també són negres els paraments del dormitori de respecte: i així mateix és guarnida de negre la cadira de mà que la reina utilitzava en les seves sortides»⁶⁵.

Los historiadores franciscanos Hebrera y Coll, en el último capítulo de su biografía de la «santa reina de Chipre doña Leonor», tienen buena cuenta en omitir completamente las disputas de ésta con el pueblo de Valls, tan contrarias a la ejemplar imagen que de ella se empeñan en transmitir. En cambio, el ambiente de ferviente religiosidad en el que, desengañada de los asuntos humanos, parece que vivió la reina en sus últimos años es presentado con todo lujo de detalles como vivo ejemplo para la posteridad:

«Vino la reina Leonor a Barcelona y como quien entre todas las mujeres ilustres de su siglo tenía de justicia la cátedra del desengaño de lo que son las grandezas y soberbias del mundo, comenzó a valerse de lo que sabía y a procurar ganar el reino del cielo, pues nada había de seguridad en las coronas de la tierra. Aunque por la ternura de su devoción no se inclinase a nuestro padre San Francisco, el vivo ejemplar de su padre, que dejando las grandezas como embarazos y los estados como peligros se vino al seráfico puerto profesando la regla de los frailes menores, había de moverla y persuadirla a buscar su mejor asilo entre sus penitentes sayales»⁶⁶.

⁶⁵ A. DURAN I SANPERE, *Barcelona i la seva història*, Documents de Cultura 4, Barcelona, 1973, p. 594.

⁶⁶ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 156. Cf., además, con algún pequeño retoque formal, COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, pp. 124-125. Este episodio del abandono de los mantos reales para vestirse el humilde sayo franciscano se ha convertido en tópico entre los historiadores de esta orden, ya que a él alude también el padre José Batlle en su biografía de Eleonor de Aragón: «Puesta la santa reina en el real palacio de Barcelona y desengañada de las vanidades del mundo, determinó hacer vida religiosa, siendo su primer paso el dejar las galas y adornos reales y vestirse de estameña de color ceniciento con toca y cuerda como religiosa de la tercera regla de penitencia del S(anto) P(adre) S(an) Francisco, cuyo instituto observó al pie de la letra», cf. BATLLE, *Crónica seráfica de la provincia de Cataluña*, fol. 237 r^o.

En sus exaltados panegíricos, los cronistas franciscanos añaden un rasgo nuevo a la imagen ya de por sí profundamente edificante de Eleonor, el de su abnegada caridad hacia los pobres. Como asegura el padre Hebrera en su encendido elogio de Eleonor, la puerta de su casa estaba siempre abierta a los desvalidos y también eran bien recibidas las muchachas huérfanas, a las que la reina dotaba generosamente como si fueran sus propias hijas:

«Ejercitose en la caridad, siendo madre común de los pobres con la largueza de sus limosnas y valimiento para los caídos, asistiéndoles en sus pretensiones con su autoridad y favor. Reservó cierta cantidad considerable para casar doncellas pobres, que dotaba y asistía como si fueran sus hijas. (...) Para redimir cautivos cristianos daba otra limosna grande, que en aquellos tiempos era de mucha consideración. (...) Hízose abogada y protectora de los huérfanos, solicitando con viva aplicación y ejemplar ternura que sus bienes se conservasen y que sus causas se mirasen con especial atención»⁶⁷.

En medio de un ambiente tan devoto, esta desdichada reina, sembradora en otro tiempo de violencias y causante de todo tipo de males, murió en olor de santidad a principios del reinado de Alfonso V el Magnánimo, concretamente el 26 de diciembre de 1416, día del protomártir San Esteban. Al séptimo día de su fallecimiento, el 2 de enero de 1417, fue enterrada en el convento de San Francisco de Barcelona, en cuya construcción ella misma había colaborado⁶⁸, con hábito de monja terciaria de la orden franciscana de Menores pero con la solemnidad que correspondía a su dignidad real. Detrás del regio ataúd, cubierto con un espléndido paño de oro en el que lucían las armas reales, iban tres reinas de Aragón: Violant de Bar, viuda de Juan I, Margarita de Prades, viuda de Martín I, y María de Castilla, esposa del monarca reinante Alfonso V, además de una nutrida representación del clero secular y regular de la ciudad de Barcelona y de las abadesas de los monasterios de San Pedro de las Puellas, Santa María de Vallonzella y Jonqueres⁶⁹. Le fue construido un sepulcro suntuoso de mármol

⁶⁷ HEBRERA, *Crónica real seráfica*, pp. 156-157. Cf., además, COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*, p. 125. El padre Batlle también se hace eco del espíritu caritativo de Eleonor escribiendo que «su retiro fue singular y rara su caridad con el prójimo, singularmente pobres y enfermos», cf. BATLLE, *Crónica seráfica de la provincia de Cataluña*, fol. 237 r^o.

⁶⁸ En efecto, en palabras del franciscano Pere Sanahuja, «el convento de San Francisco de Barcelona recibió la forma definitiva en toda su inmensa generosidad de bellissimo estilo gótico, admiración del mundo, tal cual llegó a los últimos tiempos, ya en pleno siglo XIV, contribuyendo con sus inmensas generosidades doña María Leonor, reina de Chipre y Jerusalén, hija del infante Fr. Pedro de Aragón, que vistió nuestro santo hábito en este mismo convento de San Francisco», cf. P. SANAHUJA, *Historia de la seráfica provincia de Cataluña*, Barcelona, 1956, p. 51. La noticia, sin embargo, es mucho más antigua, puesto que aparece ya referida en el *De origine seraphicae religionis*, de F. DE GONZAGA, Roma, 1587, tomo III, p. 1107.

⁶⁹ Con las siguientes palabras recoge la noticia de su sepelio Jaume Safont: «Mort de la Reina de Xipra. / Dissabte, a XXVI de dehembre MCCCCXVII, passà d'esta vida la il·lustríssima senyora dona

con estatua yacente, situado en la parte de la epístola, es decir, a la derecha del altar mayor, a cuyo pie debió figurar el epitafio en latín compuesto por el notario público y jurisconsulto barcelonés Jaume Ripoll, que no dudamos en definir como el texto literario más logrado de todos los dedicados a Eleonor después de su retorno a Cataluña. Huelga decir que se inscribe plenamente en la línea encomiástica y pomposa a la que nos tienen tan acostumbrados este tipo de textos, con alusiones constantes a su generosidad y grandeza de alma así como al coraje que mostró en el momento de vengar la muerte de su esposo, el rey Pedro I, y de restablecer a su hijo en el trono, lo que prueba que la historia turbulenta y accidentada de Eleonor de Aragón, treinta y cinco años después de su precipitada huida de Chipre, no había caído en el olvido:

«Hic iacet Aragonum Regali stirpe creata
 Elionor Regina Cypri, qua foemina maior
 moribus aut uita miti, probitate, pudore
 aeuo nulla suo uixit, laudesque uirorum
 sub cute foeminea meruit, nam fraude perempti
 coniugis ulta necem, gnato sua regna redemit
 praemia ceu sceleris patruus quae marte premebat.
 Ergo decus uestrum uirides deflete puellae,
 plangite matronae, uiduae plorate pudicae
 uosque fauete uiri lachrymis: fuit illa uirago,
 supplicium terrorque malis, spes unica iustis,
 fortibus haec clypeum, miseris praestabat asylum,
 subsidium lapsis, placidum solamen egenis.
 Hinc dos uirginibus, captis rudimenta dabantur,
 orphanus hinc fraudem uitare, hinc templa ruinam,
 hinc illaesa Deo pietas stetit: ergo beatam
 caelicolae teneant animam, sed marmora corpus.
 Post duo iam nouiesque nouem certumque bis acta
 lustra duo fugerent anni dum Regis ad ortum
 perpetui, longe soluit mors uincola uitae»⁷⁰.

Elionor, reyna de Xipra, la qual morí en Barchinona en lo carrer dels Mercaders; e jau a Fframenós. E anaren detraç lo cors, a peu, tres reynes ab los mantells al cap, ço és, la senyora reyna dona Maria ara regnant, la reina dona Yolant, muller que fonch del rey en Johan, e la reyna Margarita, muller que fonch del rey en Martí», cf. J. SAFONT, *Dietari o llibre de Jornades (1411-1484)*, Edición de J. M. Sans Travé, Barcelona, 1992, p. 8.

⁷⁰ P. M. CARBONELL, *Chroniques d'Espanya*, Barcelona, 1546, p. 214. Sobre su autor se pueden encontrar algunas noticias de interés, acompañadas de una rica bibliografía, en M. VILALLONGA, *La literatura llatina a Catalunya al segle XV. Repertori bio-bibliogràfic*, Textos i Estudis de Cultura Catalana 34, Barcelona, 1993, pp. 202-204. Además, en el necrologio del convento de San Francisco de Barcelona, se leía: «Die 2 Ianuarii. Pro anima famulae tuae Elionoris, Reginae, Sororis Nostrae, dies anniversarius eiusdem celebretur», cf. A. ELÍAS MOLINS, «Epigrafía catalana de la Edad Media. Inscripciones sepulcrales de los condes de Barcelona, reyes de Aragón, reinas, infantas, etc.», en *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, XVI, (1909), p. 246.

Medievalia Hispanica
 Hispania Sacra 56 (2004)

Sin embargo, la historia apasionante de Eleonor, por voluntad de los cronistas franciscanos, no acabó con su muerte. En 1692, con motivo de sustituirse el retablo del altar mayor, se ensanchó el presbiterio de la iglesia de San Francisco, momento que se aprovechó para abrir el sepulcro de la reina de Chipre, encontrándose su cuerpo incorrupto, entero y flexible. Se le hicieron entonces nuevos hábitos y el sepulcro fue colocado tras el nuevo retablo, con una vidriera delante y expuesto a la veneración de los fieles, algunos de los cuales —siempre según la tradición franciscana— encontraron remedio a sus males invocando a la venerable reina. Pronto su sepulcro se vio invadido por numerosos exvotos de los agradecidos fieles. Como en otras ocasiones, estos milagros debieron ser consignados en un libro depositado en la sacristía, que desgraciadamente no se ha conservado. El padre Coll, sin embargo, aún lo llegó a consultar y en su elogio de Eleonor hace de él la siguiente relación:

«Ha obrado el Señor muchos milagros por la intercesión de esta sierva suya, la venerable reina Doña Eleonor, como manifiestan diferentes presentallas de cera que ofrecen los fieles a su sepulcro. En el año 1688 se puso un libro en la sacristía de este convento de San Francisco de Barcelona para que en él se escriban los milagros de esta sierva de Dios; y se halla en él una relación que hace Joseph Sorts, tejedor de lino de la ciudad de Barcelona, firmada de su propia mano, (el) día 23 de abril del año del Señor 1691. Este hombre, después de tres años que estaba sepultado en la cama, padeciendo un humor frío en el cuello, desahuciado por los cirujanos y médicos, después de haber probado todos los remedios de la medicina, con fe y devoción acudió a la poderosa intercesión de la reina de Chipre Leonor, ofreciendo una misa y una cabeza de cera a su sepulcro, y fue de tanta eficacia su devoción y fe que sin remedios humanos dentro de dos meses se halló sano y bueno, de que fue a dar gracias a Dios y a su bienhechora, cumpliendo su voto y promesa. Así lo refirió el mismo hombre»⁷¹.

El no menos devoto padre Hebrera cuenta que el cadáver de la reina de Chipre se conservaba «con admiración universal intacto e incorrupto (...), como lo ven todos con mucha devoción y ternura, y yo mismo le vi en el año mil seiscientos noventa y tres, día de San Diego, y advertí que no sólo su santo cadáver se conserva milagrosamente entero, sino también el hábito, cordón y toca que tiene en la cabeza. Es venerado de los fieles, así seglares como religiosos, siendo cristiano estímulo, por su milagrosa entereza, para alabar a Nuestro Señor por las maravillas que con sus santos siervos dispensa y obra. Éste es —concluye Hebrera— el argumento infalible que guardó la Divina Providencia para convencer a la posteridad de las calumnias y las torpes imposturas que contra la santa reina se dijeron, se escribieron y se publicaron por los que experimentaron el rigor de su inviolable justicia en castigo de sus deli-

⁷¹ COLL, *Crónica seráfica de la santa provincia de Cataluña*. p. 125.

tos y escándalos»⁷². Cinco años después de que Hebrera escribiera estas palabras, otro cronista de la orden franciscana, José Batlle, se hizo eco también de los milagros que obraba el cuerpo incorrupto de Eleonor en lo que parece ser un lugar común de la historiografía franciscana: «Como para ensanchar el presbiterio y hacer nuevo retablo fuese preciso quitar éste y otros sepulcros de personas reales que están enterradas en él, el cuerpo de esta santa reina fue puesto en una arca de madera ricamente adornada y en un nicho encerrado a espaldas del nuevo retablo, donde es visitado por la piedad cristiana y en su santa sierva el Señor alabado»⁷³.

La urna que contenía el cuerpo de la venerable Eleonor, vestida de reina y con el cetro en la mano, se encontraba en la escalera que subía al camarín del altar mayor, en el primer rellano a mano izquierda. Fue así que en el año 1735 el padre franciscano Berardo Comes la pudo ver, constatando, en el primer tomo de su *Libro vero*, que «al fabricar esta obra y trasladar los reyes, fue hallada incorrupta y entero su cuerpo»⁷⁴. Por suerte el sarcófago consiguió salvarse del incendio del convento de los franciscanos del año 1835, siendo trasladado entonces al convento de las monjas franciscanas, situado en el barrio barcelonés del Pueblo Seco. Cayetano Barraquer explica que el 31 de octubre de 1889 vio el cuerpo momificado de la reina «en una grande caja paralelograma, de madera, sin mérito artístico alguno, cuya cara exterior correspondiente a la derecha del cadáver quedaba oculta bajo un lienzo al óleo. Éste representa —continúa Barraquer— una reina tendida con cetro, anillo y corona, cuyas líneas conservan resabios góticos. Sobre la cabeza leíase: HIC IACET V. M. ELEONOR REGINA CIPRI TERTII ORDINIS HVJVS CONVENTVS FILIA, y al pie de esta inscripción hállase un escudo de armas. Abierta esta tapa, vi una momia entera, bastante bien conservada, vestida con falda de seda de color claro, y toca de monja, cetro y corona real»⁷⁵.

Así se conservó el cuerpo de Eleonor hasta la tristemente célebre Semana Trágica del año 1909, en que el día 27 de julio las turbas prendieron fuego al convento de las franciscanas del Pueblo Seco, donde eran educadas 150 niñas. Nada se salvó de cuanto había en la capilla, en la escuela y en las habitaciones excepto el Santísimo Sacramento, que consiguió llevarse una religiosa. El hecho de encontrarse en el convento el cuerpo momificado de la reina de Chipre dio origen a que, entre las turbas, corriese la voz que se había hallado una monja martirizada y encerrada en un féretro⁷⁶.

⁷² HEBRERA, *Crónica real seráfica*, p. 157.

⁷³ BATLLE, *Crónica seráfica de la provincia de Cataluña*, fol. 237 rº.

⁷⁴ B. COMES, *Libro vero e original de las antigüedades de esta ciudad*, Barcelona, 1935, vol. I, p. 68.

⁷⁵ C. BARRAQUER, *Las casas de religiosos en Cataluña*, Barcelona, 1906, pp. 439-440.

⁷⁶ Véase al respecto M. DEL C. CABALLÉ, *Crónica de la guerra de África en 1909*, Barcelona, s.a., vol. I, pp. 436-437.